

Vida Nacional

15 Julio — 15 Septiembre 1958

El acostumbrado receso vacacional de SIC nos enfrenta ahora a una crónica desmesurada de dos meses de vida nacional, en los que ha conocido Venezuela los acontecimientos más decisivos del año, excepción hecha del mes de enero.

Las fracasadas imposiciones de Castro León.—Desde los lamentables sucesos de la venida de Nixon y el incidente Marchelli-Fortul, se conocía del creciente distanciamiento de un grupo de las Fuerzas Armadas Terrestres y Aéreas, del Contralmirante Larrazábal. Prestigiosos militares, que habían derrocado a Pérez Jiménez, se sentían desbordados por la revolución y formulaban tres quejas principales: que no se hubiera disuelto el Partido Comunista a consecuencia de los disturbios contra Nixon; que se tolerara el continuo irrespecto a las Fuerzas Armadas; y que se facilitara a Acción Democrática —por una supuesta conveniencia de Larrazábal, candidato presidencial— un manifiesto ventajismo que se reflejaba en la conquista de los puestos claves de Palacio, Gobernaciones y Administración del país, lo que le llevaría a las elecciones con todas las de ganar.

Y pues vamos a hablar de golpes, hay que distinguir en la actualidad venezolana una doble dirección golpista: la de los perezjimenistas, que se supone tienen sus centros de actividad en Washington y Bogotá; y la del grupo militar revolucionario del mes de enero. Los casos Castro León y Moncada-Mendoza pertenecen al segundo grupo.

Ha sido característica de los golpes post-dictatoriales su nulo secreto. Desde hace meses se venía comentando en Caracas que Castro León, Ministro de la Defensa, aspiraba a una nueva estructura de la Junta de Gobierno y aun del Gabinete Ministerial. Después del 8 de Julio se sabía de una reunión de los militares descontentos en casa de Arturo Sosa y de los oficiales de Marina en la Torre Sur del Centro Simón Bolívar. Hasta se traslució una suerte de reto entre Larrazábal y Castro León: Pueden ustedes alzarse cuando quieran; pero tendrán de frente a la Marina y al pueblo. Larrazábal acosado por los periodistas, había declarado en su viaje al Occidente: Cuando el río suena, agua lleva.

El golpe hizo crisis en la noche del lunes 21 de julio. Castro León estaba reunido con sus colaboradores en el Ministerio de la Defensa, La Planicie. Larrazábal, que presenciaba el match boxístico Calatayud-Abeyta, fué llamado, a La Guzmania, Macuto, sede de la jefatura de la Flota.

El día 22 fué de nerviosa actividad. Fueron factores decisivos en la solución de la crisis la serenidad de Larrazábal, la diplomacia del Dr. Rafael Caldera y la intervención definitiva del Dr. Héctor Hernández Carabaño con el Ministro Castro León.

Muy de mañanita fueron convocados a La Guzmania los miembros de la Junta de Gobierno y el Gabinete Ministerial. Fué también convocado el General Castro León, que se negó a abandonar La Planicie. Se decidió entonces la deposición de Castro León como Ministro de la Defensa y se nombró en su lugar al Coronel Pedro José Quevedo.

La situación era gravísima. Las unidades de la Marina salieron de La Guaira rumbo al mar con los cañones enfilados contra La Planicie. Al visitar el nuevo Ministro, Coronel Quevedo, las guarniciones de Caracas recibió la respuesta de que no obedecían más órdenes que las del General Castro León. Se ignoraba la posición de las fuerzas de Maracay. Martín Parada, Jefe de las Fuerzas Aéreas, había acudido a La Guzmania y se supo que patrullas de la escuela de paracaidistas rondaban celosamente el campo de Boca de Río.

A las 12 del mediodía estaban los partidos políticos reunidos en casa del doctor Rafael Caldera, cuando éste fué llamado a La Planicie. Allí se encontró que había sido convocado, junto con Eugenio Mendoza y los Drs. Elías Toro y Jovito Villalba, en plan de mediadores entre el Ministro de Defensa y la Junta de Gobierno. Desde aquel momento la actuación de Caldera fué —por confesión de sus colaboradores— extraordinariamente saludable y decisiva.

Castro León exigía:

1.—Remoción de todos los funcionarios de Acción Democrática y del Partido Comunista, del Gabinete, Gobernaciones de los Estados, dependencias de la Secretaría de Miraflores y otros despachos oficiales, como la Petroquímica, Servicios Portuarios y Corporación Venezolana de Fomento. (Los mediadores hicieron reemplazar este punto por el nombramiento de una comisión especial que investigara y corrigiera —de existir— el supuesto ventajismo.)

2.—Decreto que prohibiera a la prensa y a la radio expresiones lesivas a las Fuerzas Armadas. (Fue sustituido por la promesa de que los Partidos políticos exigirían a su militancia evitar roces entre pueblo y ejército.)

3.—Prohibición de todas las reuniones políticas y sindicales, durante tres meses, mientras se cumplieran los puntos anteriores. (Rechazado por los mediadores.)

4.—Medidas de policía contra los infractores del 1 y 2. (Igualmente rechazado.)

Se trató también, sin duda, de la transformación de la Junta de Gobierno, con un civil como Presidente y se ofreció este puesto a Eugenio Mendoza, que lo rechazó.

A las 2,30 p. m. los mediadores se trasladaron al Palacio Blanco, donde se habían reunido ya los miembros de la Junta y del Ministerio.

Entre tanto, tenían lugar en la capital dos sucesos significativos: una requisita militar en casa de Rómulo Betancourt, que según conocida habilidad se hallaba ausente de ella; y la detención por un grupo de militares, de siete miembros de la Junta Patriótica, que acababan de dar por Radio Continente una declaración a favor de la Junta. Tras breve detención en el cuartel de Servicio de Inteligencia Militar, fueron puestos en libertad Fabricio Ojeda y Luis Herrera Campins llamados por Castro León para pedirles excusas, porque la detención había obedecido a la mala interpretación de un orden.

Los partidos políticos estaban reunidos en la Casa Central de Copey. A media tarde —sucesivamente— se presentaron ante el Palacio Blanco dos manifestaciones: una estudiantil y otra popular. Los líderes políticos presentes les dirigieron la palabra comenzando Caldera y cerrando Larrazábal pidiendo serenidad y moderación.

Al anoecer la situación militar seguía idéntica. Los cuarteles de Caracas sólo atendían a Castro León. Pero era evidente que el Ministro de la Defensa no estaba dispuesto al derramamiento de sangre. Por otra parte, su causa aparecía cada momento más antipopular. La Federación de Cámaras y el Comité Sindical Unificado se aliaban para declarar la huelga general.

Los Ministros y la Junta consideraban fundamental la destitución de Castro León del Ministerio de Defensa. Sus colegas aconsejaban a Castro que no dimitiera. Fueron decisivos dos acontecimientos:

la designación de López Henríquez como Ministro de la Defensa en vez de Quevedo. Y la intervención del Ministro de Agricultura y Cría, Dr. Héctor Hernández Carabaño ante su amigo Castro León, aconsejándole la renuncia.

Castro León aceptó por fin las proposiciones de Hernández Carabaño: el Gabinete se comprometía a reivindicar su nombre y reconocer el patriotismo de su renuncia; no serían molestados sus compañeros de armas; se le ofrecía un cargo de delegado venezolano ante la Junta Interamericana de Defensa. El mismo se encargó de llamar a los cuarteles para que se aceptara su dimisión y apoyaran a la Junta de Gobierno.

A las 3 a. m. del miércoles 23, la nación se enteraba por radio y televisión y por los discursos, discretos y amigables, de Castro León y Larrazábal de la solución definitiva de la crisis.

El día 23 fué de exacerbada exaltación revolucionaria y unitaria. Se declaró paro general de las 11 a. m. a las 6 p. m. y las plazas de Venezuela se llenaron de enardecidas voces que cantaron la libertad y —por desgracia— recayeron a veces en imprudentes reclamaciones contra las Fuerzas Armadas.

El fracasado intento de Castro León apenas puede llamarse golpe. Se trataba, al parecer, de imponer por intimidación un rumbo político más autoritario y más respetuoso de las Fuerzas Armadas. Tacharlo de perezjimenista, totalitario o dictador son exageraciones del simplismo popular o del politicismo interesado.

Algunos sectores políticos y de prensa trataron de responsabilizar en el golpe al Dr. Arturo Sosa, miembro de la Junta. Había sido —antes que Mendoza— el primer candidato de los militares descontentos para suplir a Larrazábal, como presidente de la Junta. Arturo Sosa escribió en carta abierta que era cierta la proposición; pero que la había rechazado, como también la utilización de medios de fuerza para imponer al Gobierno el cambio de orientación política.

Arturo Sosa continúa en la Junta. Los militares, supuestos colaboradores o simpatizantes de Castro León, han sido eliminados lentamente. Entre otros, el Teniente Coronel Martín Parada, Jefe del Estado Mayor de la Aviación; y hasta el Coronel Jesús Manuel Pérez Morales, Jefe del Estado Mayor Conjunto, cuya actitud mediadora y prudente en los sucesos del 22 y 23 de julio había sido la admiración de propios y extraños.

El candidato presidencial.—Dejábamos

en nuestra crónica anterior la historia de las escaramuzas de la batalla para la designación de Presidente de la unidad, en la proposición del Dr. Martín Vegas por COPEY, URD e IR. El Dr. Martín Vegas, muy respetado como científico, no fué aceptado para Magistratura política por A. D. La Convención de A. D. propuso una de dos soluciones: el Gobierno Colegiado a la manera del Uruguay; o uno de tres doctores: Carlos Morales, José A. Mayobre o Rafael Pizani como candidato de la Unidad. Ambas soluciones han sido rechazadas por los otros partidos.

A última hora U. R. D., que anteriormente se había declarado contra cualquier candidato del Gobierno, ha propuesto a Larrazábal, con una disquisición sutil de que no será candidato del Gobierno, pues renunciaría a la Presidencia, sino candidato del Partido U. R. D.

Ha sido muy comentado el juego de U. R. D. Es bien sabido que es una incógnita el volumen de la militancia de este partido. Se supone que en 1952 logró millón y medio de votos, pero contaba con los de A. D. y P. C. Elite, 20 de septiembre; dice: "Con Larrazábal, como candidato, el partido se ponía a buen recaudo de cualquier sorpresa desagradable en los cómputos finales de la votación. U. R. D. confía en el millón y medio del 52 en sus cálculos actuales, pero prefiere ir con el Contralmirante Larrazábal por una de tantas".

Por su parte Larrazábal sigue afirmando que no aceptará si no es candidato de unidad y respaldado por los demás partidos.

A fines de septiembre sospechan los más avisados espectadores que la guerra diplomática de los partidos, desembocará en la franca guerra por la candidatura de sus jefes. ¿Se respetará al menos el propósito de un Gobierno de integración nacional?

Convención Nacional de Acción Democrática.—Venezuela esperaba con enorme interés la Convención Nacional de A. D., que se abrió el lunes 27 de agosto. La Revista *Momento*, en una de sus magistrales crónicas —las más picantes que hoy se conocen en Venezuela— ha dado interesantes datos confidenciales de la asamblea. (Nº del 27 de agosto 1958.)

Todo el mundo sabía que existían dentro del partido dos corrientes: los "viejos" y los "jóvenes". Estos, de subido color marxista-leninista. Ahora nos enteramos de una tercera corriente que se distingue como grupo: **ARS**. Los viejos están encabezados por Betancourt, Ba-

rrios y Leoni; **ARS**, por Raúl Ramos Jiménez, Paz Gallarraga y Manzo González; los jóvenes, por Domingo A. Rangel, Simón Sáez Mérida y Simón Alberto Consalvi. El grupo sindical parece militar entre los moderados.

Según una vieja fórmula del **sarampión comunista** de Betancourt: los viejos curaron hace tiempo del sarampión; los de **ARS** salen ahora del sarampión; y los jóvenes lo están padeciendo en toda su violencia. Son grandes lectores de Lenin y Mao-Tze-Tung.

La Convención estudió dos grandes informes: el de Rómulo Betancourt sobre la línea política del partido desde 1945. Y al de Simón Sáez Mérida sobre la actuación de A. D. en la clandestinidad.

Los jóvenes hablaron más, criticaron, plantearon tesis. Los viejos les dejaron hacer. Supieron reunir mayoría de delegados y ganarse el grupo de **ARS**. A la hora de las elecciones vencieron en toda la línea. Presidente: **R. Betancourt**; Vicepresidentes: **Leoni** y **Barrios**; Secretario General: **Luis Beltrán Prieto** (210 votos contra 140 de Domingo A. Rangel); Secretario de Organización: **José Manzo González** venciendo a Simón Sáez Mérida. Este se negó a aceptar la Secretaría de Relaciones. El único joven en la Directiva: es Simón Alberto Consalvi, Secretario de Prensa.

La variedad de corrientes de A. D. es explicable, donde coinciden varias generaciones. Sería ingenuo traducirlo por resquebrajamiento en el bloque del poderoso partido cuyos tentáculos —por extraña virtud de los golpes— se extienden alarmantemente por todas las ramas de la administración pública, por los comandos sindicales y aun los comandos de las Fuerzas Armadas.

La aventura trágica Mónica-Mendoza.

Menos profunda en sus bases y tal vez simple eco del intento Castro León fué la aventura trágica Mónica-Mendoza en la madrugada del 7 de septiembre.

Con la singular ausencia de secreto que ha caracterizado a nuestros recientes conspiradores, el golpe del 7 de septiembre era esperado casi con un mes de anticipación. Se hablaba de un descontento muy generalizado en la oficialidad joven del Ejército por la lenta eliminación de sus más respetados dirigentes —desde Trejo a Pérez Morales—, y el acaparamiento gradual de los puestos claves por militares vinculados con determinado partido político. Esto, sumado a las quejas formuladas en el caso Castro León contra Larrazábal, por sus aspiraciones

supuestas a la candidatura presidencial.

Este estado de ánimo se decía, ha creado dos corrientes entre los jóvenes militares: la de los cautos, que no creen oportuna esta hora de euforia democrática para reclamaciones clasistas; y la de los impacientes que hallaron traducción en la aventura Moncada-Mendoza.

Dos semanas antes del golpe se supo que el Mayor José Helí Mendoza Méndez, exjefe de la Policía Militar del Cuartel de Miraflores, y el Teniente Coronel Juan de Dios Moncada Vidal, antiguo Subdirector de la Academia Militar, desterrados del país, después de los sucesos de julio, habían entrado a Venezuela por vía aérea (¿por Maracay? ¿por Maracaibo?). El Gobierno informó que no se había logrado localizarlos, pero se sabía que trataban de hacer contactos con militares en ejercicio. Se informó asimismo que otros conspiradores civiles, como el Dr. Romero de Pascuali, habían ingresado por Coro.

Es de suponer que el Gobierno subestimaba el conato golpista. Tal vez, había tomado medidas eficaces para su futuro fracaso. El Ministro Numa Quevedo —que no tenía obligación de decir la verdad— hablaba el día 6 de total tranquilidad en el país; y Larrazábal, acompañado de varios Ministros y miembros de la Junta, jiraba visita por el Oriente.

Los episodios centrales de la revuelta militar fueron breves, pero el saldo final, gravísimo.

La acción se inició a las 3 de la mañana del día 7 de septiembre.

A las 4 a. m. los rebeldes tomaron tres objetivos. El Mayor Luis Alberto Vivas Romero con 20 de sus alumnos de la Escuela de Policía Municipal de El Junquito, se apoderaba de Radio Rumbos. El Mayor José Helí Mendoza Méndez se hacía dueño de la Policía Militar de Miraflores; y el Teniente Coronel Juan de Dios Moncada Vidal se posesionaba del Ministerio de la Defensa en La Planicie. Hechos inexplicables sin previos contactos e inteligencias.

A las 4.30 el Teniente Gabaldón Soler leía por Radio Rumbos el **Programa de Gobierno**, firmado por Moncada Vidal. Se proclamaba el fin de la tiranía de la Junta y Larrazábal y se prometía un régimen democrático con libertad de prensa y libre acción de los partidos.

Mendoza Méndez rodeó con la Policía Militar el Palacio Blanco, donde los pocos asistentes, presididos por el Coronel Quevedo se negaron a la rendición.

Ningún paso de conquista ulterior lograron los conspiradores. Esperaban tal vez un eco unánime en las guarniciones. Pero las de Caracas y las del interior permanecieron impasibles.

La acción momentáneamente afortunada, se derrumbó inmediatamente. La Policía recuperó Radio Rumbos. El pueblo en tropel se lanzó al Palacio Blanco. A las 8.30 el Comandante de la Policía de Caracas anunciaba por radio que el Mayor Mendoza Méndez había sido apresado en el Cuartel de la Policía Militar por las propias fuerzas que había controlado por un momento.

Moncada Vidal, Vivas Ramírez y Rafael M. Pacheco se refugieron en la Embajada de Méjico.

La asonada había fracasado, pero dejaba un desorbitado balance de sangre.

Apenas se supo del golpe, dirigentes políticos y sindicales comenzaron a exhortar al pueblo a una resistencia o acción violenta; se pedían barricadas para impedir el tráfico y el concurso activo con toda clase de armas.

La multitud intentó tomar el Palacio Blanco. Fué rechazada. Trató de asaltar la Policía Militar y también fué rechazada. Era suicida lanzar al pueblo inerme contra un cuartel armado. De las casas vecinas al Palacio Blanco hacían fuego desatinadamente grupos de franco-tiradores.

A las 8.10 a. m. una ráfaga de ametralladora, que se ignora de qué Cuerpo partía, dejó un saldo de 20 muertos y centenares de heridos.

Tardíamente los cómodos estrategas de la radio comenzaron a pedir al pueblo que se alejaran del Palacio Blanco. Sin embargo, allí vigiló el pueblo hasta la tarde, cuando pudo forzar el Cuartel de la Policía Militar y saquearlo.

La sangre vertida, por trágica imprudencia de los impacientes en un cuartelazo ya dominado, conmovió a la ciudad. Doscientos cuarenta voluntarios ofrecieron su sangre para los heridos.

Larrazábal regresó en horas de la tarde. No bastaron sus promesas para imponer normalidad. El Comité Sindical Unificado puso como condición para cesar la huelga general, el castigo ejemplar de los conspiradores.

El lunes 8 por la noche, Larrazábal y sus Ministros anunciaron 16 años de presidio para los responsables de la conspiración y 12 años para los cómplices. Sólo entonces Lares Ruiz, presidente del Comité Sindical Unificado, declaró suspendida la huelga.